

# Adios al Patriarca

Rodrigo Jiménez

La sociedad patriarcal con toda su estructura de poder y opresión basada en un sexismo deshumanizado, violador de todos los derechos humanos, debe de desaparecer y decir adiós al patriarca.

La búsqueda de esquemas más humanos donde se mantengan diferencias sutiles entre los sexos y se refuerzan las semejanzas de los hombres y las mujeres logrará una sociedad más solidaria y respetuosa de los derechos humanos.

El paso ya se ha dado, el movimiento feminista cada día concientiza a más hombres y mujeres de la necesidad de una sociedad más justa, exenta de violencia y relaciones de poder.

Este es el momento en que nosotros los hombres digamos adiós al patriarca y comprendamos mejor nuestras emociones y desechemos las actitudes sexistas de la construcción de la masculinidad en la sociedad patriarcal. Esto nos permitirá conocernos mejor como seres humanos y eliminar los temores y actitudes violentas de los roles sociales establecidos.

La virilidad se construye, por ende no es natural y no es fácil para un hombre lograrla. Requiere trabajo y esfuerzo; en algunos casos se debe pagar muy caro por medio de pruebas, demostraciones y deberes.

la fabricación de la masculinidad exige al hombre desplegar su fuerza, la valentía, la inteligencia, la racionalidad y la creatividad características determinantes para construir la masculinidad. Lo difícil es tener estas características cayendo como dice Elizabeth Badinter en una trampa donde el hombre “el dominante es dominado por su dominación”.

Esta institucionalización del poder crea al hombre ideal del modelo patriarcal como el reflejo de todo ser humano de lo universal.

Este modelo de lo perfecto, lo justifica la sociedad patriarcal en la dualidad de sexos bajo dos corrientes, las semejanzas y las oposiciones, reafirmando la superioridad del hombre. Todo ello conlleva a la distinción de derechos y obligaciones entre ambos sexos. Esto se refleja claramente en el Derecho de Familia donde la mujer tiene todas las obligaciones de guarda y crianza de los hijos (as) y el hombre las de proveedor de la familia. El hombre dueño de lo público y la mujer cuando le conviene al hombre dueña de lo privado.

Las corrientes diferencialistas de las oposiciones que parten de las características biológicas, lo genital y hormonal, justifican las actitudes “masculinas”. Es por ello, conforme a los diferencialistas que el hombre es poco afectivo, abusivo, audaz, sexual, fuerte, explosivo, y dominante. Esto le da derecho de agredir a sus compañeras, tomar las decisiones del hogar, tener más accidentes de tránsito y de trabajo, tener peleas callejeras e hijos fuera de la relación de pareja.

Estas teorías pierden validez con los estudios antropológicos de la construcción de la masculinidad. No existe un modelo masculino universal tal y como nos han querido hacer creer en la ideología patriarcal, válido para cualquier lugar y momento. Es clara la multiplicidad de modelos de

masculinidad según la época, clase social, religión, etnia, edad y condición física.

Es así como los hombres de la polinesia estructuran sus relaciones sociales basadas en el género, diferente al hombre del mediterráneo. Los hombres del siglo XVII no serán tan masculinos para los hombres del siglo XX. El hombre con una discapacidad no es tan masculino para el hombre sin ella. El niño de la calle no verá tan masculino al niño de las clases altas. Estos roles se construyen, y por lo tanto se pueden modificar.

La construcción de la masculinidad es social y se inicia desde el momento del nacimiento. El niño nace y la sociedad empieza a verlo fuerte y darle las supuestas características masculinas.

Posteriormente la comunicación y socialización estará dirigida a la creación de este macho ideal. Es así como seremos distantes, poco efectivos y reprimiremos las emociones. El niño en sus primeros meses de vida bajo la institución de la maternidad desarrolla una relación íntima con su madre, el padre debe estar distante y poco expresivo. Es así como la mujer transmite todos los valores y comportamientos femeninos de ternura, sensibilidad y cariño.

La sociedad patriarcal exige para romper con la identificación con la madre el desarrollo de actitudes defensivas de socialización bajo un proceso de oposiciones, debiendo comportarse todo lo contrario a lo que aprendió en sus primeros años de vida. Reprimiendo afectos, emociones, ternuras y sensaciones por el temor a ser señalado y excluido socialmente.

Cada sociedad ha estructurado ritos, mitos y comportamientos para iniciar esta construcción como lo es: la separación madre-hijo, la circuncisión, relaciones fálicas, tratos crueles, segregación sexual, pedagogía homosexual, relaciones sexuales traumáticas, etc.

Todos estos comportamientos, ritos y mitos repercuten en el niño al sentirse agredido por el padre y abandonado por la madre. El hombre a través de toda su vida deberá probar su masculinidad. En las diferentes etapas de la vida deberá buscar ese ideal de hombre inexistente. El costo social e individual es muy elevado accidentes de tránsito y de trabajo por su audacia, carencias afectivas por su inestabilidad, privaciones de libertad por su agresividad y necesidad de encontrar recursos, soledad por la falta de comunicación y autosuficiencia, estrés y muertes prematuras por ser el principal proveedor.

Si bien es cierto el hombre paga una factura, la mujer hipoteca su vida al hombre, convirtiéndose en la principal víctima de esta sociedad patriarcal.

Toda esta construcción hace que el hombre no se concilie como ser humano. Reprima sus sentimientos, resienta el abandono y la agresión y se sienta confuso de lo que desea y lo que la sociedad espera de él. Su identidad masculina no la adquiere de su padre distante y ausente sino de la socialización los juguetes, cuentos, series de televisión, juegos electrónicos, etc.

Creyéndose merecedor, de que toma y no da nada a cambio. Que debe desarrollar aptitudes y actitudes que en muchos casos no tiene: ser competitivo, seguro de si mismo, fuerte, insensible, proveedor, agresivo, independiente, sin emociones, sin compromisos, sin feminidad, sin afecto, exitoso, digno de admiración, independiente, sin ataduras, etc.

Para construir una masculinidad más humana se deben de realizar varias acciones:

- Concientizarse de que los roles y estereotipos sociales son creados por la sociedad patriarcal. Todo ello respondiendo a una sociedad de privilegios para el hombre e irrespetuosa de los derechos humanos.
- Eliminar estos roles y paradigmas, expresando nuestro propio sentir y creando formas más justas,

solidarias y respetuosas de los derechos humanos para relacionarnos.

-Valorizar socialmente las características femeninas como parte de la identidad de todo ser humano. La mujer debe estar orgullosa de sus valores femeninos y el hombre a su vez romper ese temor de vivir su feminidad, sentirla, expresarla y disfrutarla, con la valorización que merece.

-Romper el monopolio de las características masculinas y aceptar que aquellas están presentes tanto en el hombre como en la mujer.

-Iniciar la revolución paternal, donde el hombre aprenda a desarrollar su paternalización ocupándose más de sus hijas (os) con la proximidad e intensidad. Para ello debe estructurarse relaciones de pareja sin estratificaciones de poder y roles que permita a ambos desarrollar las mismas actividades como parejas y en la relación con sus hijos. Es así como el niño y la niña aprenderán las características de su masculinidad sin tanto dolor y violencia.

El hombre debe decirle adiós al patriarca, romper ese temor o miedo, conciliarse consigo mismo coexistiendo internamente con lo masculino y femenino, elementos complementarios de todo ser humano que variarán conforme a cada uno o una. Cada ser humano manejará su dualidad a su manera, exteriorizando sus semejanzas y sus diferencias sutiles.